

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 7 DE ENERO DE 1923

NÚM. 19.948

IMPRESIONES DE UN CAMINANTE.-NÁPOLES



La emoción del viaje. ro al acercarse a Nápoles se cifra en un solo punto: el Vesubio. Un volcán no parece espectáculo acorde con la idea geográfica de Europa. Esa exaltación de la Naturaleza, está fuera del cuadro ideológico que asignamos a nuestro solar continental, en el que han predominado el cultivo de la obra humana y el artificio supremo de la ciudad, como flor de las razas.

Cuando traspasamos Monte Casino, ansiando subir a la gran abadía que nos atrae desde su altura, nimbada por el prestigio secular de su historia, y llegamos a Caserta, cuyo castillo real irradiaba otra fuerte atracción, nuestros ojos empiezan a escrutar el horizonte, con la esperanza de columbrar el signo revelador del volcán. Por fin, descubrimos la curva de una montaña cuya forma no corresponde a la imagen familiar del Vesubio. Pero sobre ese monte las nubes flotan en faja vertical, aunque su color sea idéntico al de las otras. ¿Será él? Frente a nosotros, un viajero indiferente, sin duda un napolitano, podrá informarnos... —Sí, es el Vesubio; es la humareda del Vesubio, aunque el volcán está oculto tras el Soma, su altura gemela, donde estuvo el cráter que sepultó a Pompeya. —Y desde entonces vamos notando que el tren circunda la base de la montaña, hasta que el Vesubio se muestra en su integridad, como un gran cono truncado. Las últimas erupciones, que hundieron la cima, alteraron la forma aguda del monte. Pero el sitio del cráter activo se revela perfectamente por la columna enhiesta del humo que brota sin cesar. Y nuestra vista queda largamente extasiada ante esa lejana contemplación.

El Vesubio es la forma heráldica de Nápoles. Esta ciudad, avanzada de Grecia en Italia, enlace vivo entre las dos grandes metrópolis del clasicismo, Atenas y Roma, tiene, en vez de un Partenón, un altar humeante y vivo, cuyo fuego brota del soplo de los dioses desconocidos, o es la ofrenda de las propias entrañas ardientes de la Tierra madre. Nápoles es un alto en la jornada de una caravana de incógnito destino, cuya ruta está alumbrada, como la de Israel, por su columna de humo y fuego, diurna y nocturna. Es imposible que todas vuestras ignoradas potencias de poeta no se despierten al contemplar por primera vez esa doble visión, la ciudad y el volcán, la obra humana y el misterio cósmico. Hay un amor, imposible y frenético, entre la urbe y el Vesubio, que no sé si es un guardián celoso como un perro fiel o acaso el monstruo que puso junto a ella un dios irriado, como el dragón junto a Andrómeda, o el monstruoso Argos junto a Io, o Polifemo al lado de Galatea, o el círculo de fuego en torno de Brunilda. Miramos fijamente el inextinguible humear, emanación de un sacrificio eterno. Por momentos, la columna parece interrumpirse, como en una calma de las fuer-

zas profundas que la alimentan; pero luego vuelve a elevarse en nuevos copos o vedijas, que suben lentamente, dibujando espirales gradualmente más amplias y difundiéndose sobre la ciudad y el mar una neblina cenicienta.

Este es el escudo de Nápoles y también su amenaza. Escudo en el doble sentido de la palabra. El volcán es la insignia de la ciudad, que agita como bandera una humareda inmortal. Multitudes de toda la tierra acuden a Nápo-

les atraídas por ese espectáculo; y el manantial de fuego es un manantial de vida y de belleza. Pero la ciudad arraiga sus cimientos en su suelo estremecido por convulsiones, como si en ella reviviesen las antiguas sibilas de sagrado histerismo que poblaron sus bosques. Y nuestra mano, al remover la tierra bajo unas ruinas memorables, temerá provocar el surtidor de fuego que abrasó a Coré; o acaso recelará que surjan los capiteles de alguna nueva ciudad senul-

tada, Bella-Dormida entre las columnas intactas de algún palacio que la lava inundó.



Hemos entrado en Nápoles... ¿Por qué la primera impresión os causa un leve desencanto? Os saluda un Garibaldi ecuestre, nuevo ejemplar, del escuadrón de bronce que cabalga disperso por todas las plazas de Italia, junto a la figura gemela de Víctor Manuel. Y atravesáis la ciudad moderna, que no difiere de la monotonía inexcusable de la «civilización». Amplias avenidas, decoradas con los nombres de los que hicieron la Italia unificada, cuya Covadonga fué el Piamonte. Nada os revela, todavía, esa Italia meridional que se os ha pintado como nacionalidad diversa de la Italia del Norte. Pero pronto alguna calle lateral os inicia en la visión del verdadero Nápoles, resto de su fisonomía peculiar, formada a través de los dominios más heteróclitos. Son algunas calles cercanas al puerto; son otras de los barrios altos, hacia los cuales subimos abandonándonos al placer de sentirnos sin rumbo, caminando al azar, errabundos entre una muchedumbre pululante y ruidosa. Calles estrechas y sombrías, altos muros llenos de ventanas, de las cuales penden ropas de dudosa blancura, al aire tibio de la tarde. Un campaneó elegiaco vibra desde invisibles torres. Por los portales abiertos, escenas de vida familiar desbordan en plena calle como ambiguos perfumes... Alguna cara típica de mujer nos revela entonces una italianidad genuina, particular, inconfundible; entre negras guedejas, destacando sobre el tono vagamente cobrizo de la piel, unos ojos negros, profundos, diseñados por el intenso círculo de las ojeras. El cuerpo se cimbreaba gentilmente bajo la cadencia de la faldilla, graciosa como un son de cítara. ¡Esos ojos! ¿De qué hablan, aun sin saberlo la propia mujer que con ellos nos mira? Nos hablan de lejanos atavismos nómadas; de herencias múltiples, unidas en mezcla eruptiva, como otro volcán. Griegos, sarracenos, normandos, itálicos, germanos, franceses, españoles, juntaron aquí su sangre. Y la disposición de la ciudad alta, que trepa por la ladera dispuesta en anfiteatro sobre la incomparable visión de la bahía, recuerda, más que una acrópolis griega, una alcazaba oriental.



Retornamos a los barrios modernos. ¿Para qué hablar de sus vías, agradables, pero sin color; de sus galerías suntuosas, de sus teatros, alguno de universal nombradía como el San Carlos? Pero el recuerdo de España surge en la más popular de esas vías, la antigua calle de Toledo, así llamada por el apellido del virrey Don Pedro, y rebautizada hoy, oficialmente, como calle de Roma. Todos los recuerdos de España, adheridos al Nápoles como un enjambre, nos asaltan súbitamente.

Nápoles fué el solar de la fluctuación más trágica entre güelfos y gibelinos; pero el gibelinismo, extinguidos los Hohenstauffen, encarnó en la dinastía de Aragón y Cataluña. Por esa herencia, Pedro III fué digno del Paraíso dantes-

LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES



CUADRO DE FR. JUAN BAUTISTA MAYNO, QUE SE CONSERVA EN EL MUSEO DEL PRADO

DOS NACIMIENTOS

CANCIÓN DE CANCIONES

Paráfrasis bíblica.

co. Los dos Rogeros, el de Lauria y el de Flor, fueron vínculos entre Occidente y Oriente; y el último, sobre todo, con su irrupción bárbara en Grecia, parecía obedecer a un secreto impulso de retorno al nativo solar de las ascendencias. —Por la herencia gibelina luchó aquí Gonzalo de Córdoba contra los franceses, herederos del güelfismo; y hoy, al atravesar el Garellano, hemos dedicado una sonrisa al nombre de este río, resonante en España con una estridencia de herramientas heroicas...—Esa mujer que pasa, tipo esbeltísimo de su raza, ¿no será Tisbea, la pescadora que ofreció Tirso de Molina a la fascinación irresistible de Don Juan?—Lo que desapareció en absoluto es la sombra que vedesca de aquel virrey Osuna, para cuyo funeral encendió esta Partenope su Vesubio...—Llegamos al Castel Nuovo. Aquí está, para mí, la huella más profunda del paso de España por Nápoles: es el arco de triunfo que conmemora la entrada de Alfonso I de Aragón, el monarca que dió a Nápoles su esplendor medieval de nueva Atenas. Por él, la literatura catalana llegó a su máxima fuerza, y el trovadorismo pasó de frío ejercicio léxico a fuerte expansión cordial, juntando las más dispersas herencias: la clásica, la provenzal, la florentina, la romanesca española.

Divagando sobre estos temas inagotables, retorno a la bella plaza del Plebiscito: a un lado la columnata y la bóveda de San Francisco de Paula, que imita el Panteón romano; al otro lado el Palacio Real. En su fachada, ocho estatuas de reyes se yerguen en sus hornacinas. No me importa Federico II de Suabia, a pesar de su intensa figura, desbordante en sugerencias, ambigua de cruzado y hereje; no me importa Carlos de Anjou, el de las Vísperas; no me importan esas imágenes de los Borbones napolitanos, míseros espectros. Pero mi vista se detiene con una emoción inexplicable ante la figura de Joaquín Murat, cuya vida de aventurero encontró aquí una muerte novelesca, aferrado a su trono de advenedizo, que quiso conservar aún a costa de la deslealtad al que se lo había dado.—Mas entre esas estatuas falta una que acude ahora a mi recuerdo. ¿No reinó aquí también José Bonaparte, antes de pasar al trono efímero de Madrid? Para él, como para Carlos III, Nápoles fué el estribo de España. Y ahora, al incorporar también su sombra en esta rememoración, en mi soliloquio mental de español en Nápoles, lo hago con una viva piedad a su recuerdo, que no merece ya los viejos odios...

Gabriel ALOMAR

"BIBLIOTECA DEL MÁS ALLÁ"

El Diablo, su Vida y su poder

Rafael Urbano, el donoso humorista, ha enriquecido la «Biblioteca del Más Allá» con un libro rebosante de gracia, erudición y novedad. Titúlase *El Diablo, su vida y su poder*, y es historia documentadísima de la existencia pública y privada, costumbres, añagazas y diabluras de su majestad infernal, a quien el lector conoce, una vez saboreada esta obra, como a cualquiera de sus convencidos.

Ilustran el curioso volumen muchos interesantes grabados, entre los cuales figuran unos planos del Infierno, según antiguas estampas, y la reproducción del único monumento que tiene el Diablo en el mundo, y es «El ángel caído», del Retiro.

Canción de canciones, a la media noche del Nacimiento del Salvador.
¡Oh, encantos de la media noche!
Porque mejores que el bálsamo son tus prodigios.
Por el Prodigio supremo, que absorbió las bellezas del día:
(¡única Belleza eres Tú!)
Y por el orto del gran día y del que es día en la eterna noche.

Morena era la noche, y blanco como un lirio su lumínar.

Morena era la noche. Mas clara.
Como tienda de azucenas.
Como cabaña fabricada de nieve.
Hallábase la tierra enfrecida, y los rayos de la luna temblaban de emoción.
He aquí llega la hora, y la Naturaleza duerme.

¿Qué fragancia de nardos se columpia en el seno del aire?

En el bosque de mirtos trinan los ruiseñores y va a ocultarse la alondra en los naranjos en flor.

¿Dónde nacerá el que ama mi alma?

¡Arden las estrellas en el incendio del plenilunio: el Orión y las Pléyades!
La luna como el sol.
Y el sol con triple relumbrar.
¡He aquí El viene, Naturaleza!
La noche es más dulce que la vez de la tórtola.

El mar, plano como el vidrio; y las aguas, transparentes y en sosiego.

Ha llegado la hora, y se halla todo invadido de un fulgor de luciérnaga. La noche ha heredado el cetro del día.

En las altas montañas empínase la Aurora, y abandona sus presas el lobo carnívoro.

Ha nacido el que ama mi alma
Y hay un himno de gracias universal.
Noche morena, que te has tornado blanca y rubia,
(Del color del que ama mi alma),
Con tu potente resplandor:

Tres horas durarán encendidas tus candelas,

Mientras viaje la gran antorcha por el espacio,

Hasta que llegue el día y huyan las sombras.

¿Quién es aquél, Sombra en medio de las sombras y Noche en medio de la noche, que rueda en las profundidades sulfúreas?

¿Quién es aquél, Luz antes más bella que la luz, y Tinieblas ahora, más negro que las tinieblas?

¿Quién es aquél que en esta hora huye?

¡El solo que ahora huye!

¡Un ascua de oro es Bethlehem;

Y la noche, una diadema de plata Engastada de jacintos!

Sus arroyos, suaves como palomas; Su aire, rezumado de especias aromáticas,

Exquisito como los panales, Y oloroso como los cedros del Líbano.

—
Mi Amado está lleno del rocío de la noche;

Y sus cabellos, de las gotas de la noche;
Y sus manos destilan mirra,
¡Más dulce que las manadas de cabras que apacientan en Galaad!

IV
¿Por qué tiemblan los que apacientan, cuando ha llegado el que a todos apacentará?

Guardaron las vigilijs de la noche, Sobre su ganado,
Y en medio de la noche les cercó la claridad de Dios.

Como blanco rebaño de sus blancos corderos
Iluminan las nubes los ejércitos celestiales,
Que llegan con el Angel hasta el Cordero.

«Gloria a Dios en las alturas!
¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!»
Los pastores
Van en pos del Pastor.

—
¡Noche callada,
Fuente cerrada,
Fuente sellada!...
¡Tierra, libre de todo maleficio!,
Como paraíso de canéforas y nardos,
De canela e incienso,
De áloes y azafrán.

—
¡Soplen los vientos en medio de la noche!
¡Cabalguen sobre las alas de la noche!
¡Desprendan las aromas de las vides en ciérnel!
¡Fluyan las esencias de los granados en flor!...

V
¿Dónde nacerá el que odia mi alma?
¿Dónde nacerá el que él mismo es Odio antes de nacer?

¿El que no se mostrará como el alba, Hermoso como la luna,
Ni esclarecido como el sol?
He aquí la hora está cercana,
Y ha de llegar de repente, como ladrón nocturno,
Desde las guaridas de los leones,
Desde los montes de los tigres,
Desde los escondrijos de los chacales,
A abalanzarse sobre su presa.
He aquí viene el Engañador
¡He aquí él viene!

—
¡Oh, los horrores de aquella media noche!

Porque más amargo que el ajeno serán sus horrores.

Por el Horror supremo, que aventajará a toda fealdad,
Y por el orto del que será la gran fealdad y fealdad dentro de la fealdad.

—
Negra será la noche, y bermejo como la sangre su lumínar.

Negra será la noche. Mas espantosa, Como el pozo del Abismo.

Tambaléase la tierra, y los rayos de la luna despiden granizo y fuego.

¿Qué pestilencia estremece las auras corrompidas?

Los bosques están mudos, en silencio de muerte,

Y las aves huyeron despavoridas,
Como ante presagio de tempestad.
¿Dónde nacerá el que odia mi alma?

VI

Caen las estrellas como antorchas encendidas,

La luna derrama fulgores de sangre,
Y el sol se ha puesto obscuro como un saco de cilicio.

He aquí él viene, Naturaleza.

¡La noche es más aterradora que el enroscamiento de las serpientes, que el aguijón de los escorpiones!

¡Ay, aquél cuya alma está llena de escorpiones!

¡Ha llegado la hora, y hay truenos y voces, relámpagos y terremotos, angustia y rumor del mar!

Las tinieblas tienen encadenada a la luz.

Los árboles ardieron, y toda planta verde fué quemada.

Porque la hoz es aguda, y le ha sido dado poder para vendimiar los racimos de la tierra.

¡Oh, noche, en que los hombres que-rrán morir, y no será posible, porque hasta la muerte habrá huido de ellos!

Ha nacido el que odia mi alma.

Y no hay reposo en la matanza universal.

VII

¡Ven, Amado mío!

¡Cuán distinta tu noche, en la voz melódica, de esta media noche!

Como el susurro del viento cuando besa los manzanos.

Como el rumor de los ciervos Sobre los montes de Bether.

—
¡Oh, Tú, pozo de aguas vivas!

¡Fontana de los huertos!

¡Lirio de los valles!...

—
¡Ven, Amado mío!

¡Tórnate, tórnate!...

Hasta que apunte el día, y huyan las sombras.

Luis ASTRANA MARIN

Libros recientes

Contemporánea.—¿Qué gran inquietud domina a los jóvenes escritores portugueses? La lucha allí entre «viejos» y «nuevos» se traduce, más que en ardorosas polémicas, en violentas revoluciones del espíritu. Una gran revista, una de las más audaces revistas del mundo, una de las revistas más originales, independientes y amenas, *Contemporánea*, nos ha visitado para traernos un poco de su desasosiego anárquico y agresivo. *Contemporánea* es hechura de aquella juventud intransigente que celebra asambleas públicas contra los artistas amanerados y envejecidos; que funda diarios bajo este lema único: «Juventud»; que organiza manifestaciones en la Avenida de la Libertad para pedir la expulsión de los «viejos» de la Sociedad de Bellas Artes...

Contemporánea, consecuencia de una exaltación pasional, tiene todo el sugestivo encanto de las cosas desordenadas, exageradas e hiperbólicas y la fuerza arrolladora de los grandes movimientos revolucionarios, sin jefe, sin freno y sin programa. ¿Cubista? ¿Futurista? ¿Marinettista? Acaso simplemente JUVENIL.

Los cuarenta y cinco, novela por Alejandro Dumas.—Esta obra del gran novelista francés ha sido recientemente publicada en nuestro idioma por la Casa editorial de la viuda de Luis Tasso.

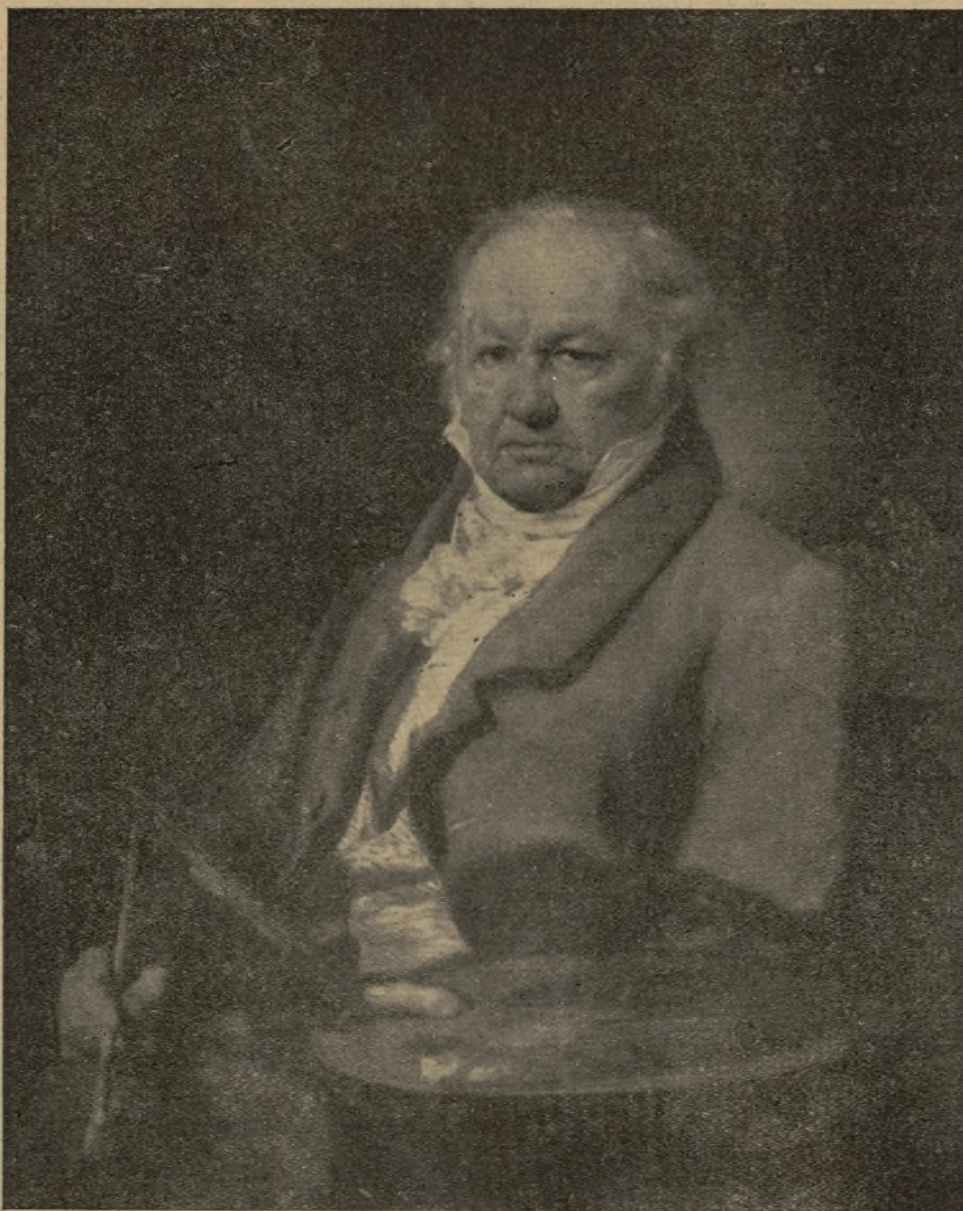
UN PROCESO CURIOSO

LAS MAJAS DE GOYA ANTE LA INQUISICION

REVOLVIENDO los papeles procedentes de la Inquisición, he encontrado un proceso curioso, de incalculable valor para los amigos del arte. Es un legajo, de amarillentos folios, que contiene graves sentencias, severas acusaciones, pruebas testificales, todo el aparato, en fin, de que la humana justicia se reviste para hacer caer su pesada espada sobre el aterrorizado delincuente.

Dos lindas e inmortales mujercitas y su padre, un pintor aragonés y sordo, son las víctimas que entre sus redes quiere coger la dura e implacable Inquisición. ¿Cuál es su delito, según los sesudos doctores que en sellado papel lanzan los más furibundos anatemas? A una de las mujercitas se la acusa de presentarse ante las gentes reclinada entre mulidos almohadones y sin el más leve velo que cubra su cuerpo diminuto y rosado, y a la otra, de presentarse en la misma postura que su hermana, y aunque vestida, tan vaporoso y ceñido es su traje de maja, que deja adivinar todo el misterio de su cuerpo. De obscenas e inmorales se acusa a las inmortales mujeres, y al padre, de haberlas dado vida con su pincel. ¿Los nombres de los reos? «La maja desnuda», «La dama vestida», D. Francisco de Goya y Lucientes.

Procedentes de unos bienes confiscados, fueron al Depósito de bienes secuestrados unos cuadros de tan inmoral y execrable asunto, que enterado de ello el inquisidor fiscal, redactó un oficio, en el que, después de culpar a los franceses de todas las calamidades morales y religiosas que, según él, padecía España, daba orden terminante de recoger dichos cuadros para después proceder con ellos del modo más provechoso para la religión y el rey. Este documento está firmado en la Cámara secreta del Santo Oficio, por el doctor Zorrilla de Velasco, y con fecha 15 de noviembre de 1814. Después de otros escritos de pequeña importancia: comunicados, exhortos, etcétera, etc., llegamos a los dos últimos de valor capital, pues en ellos vemos que las «Majas» de Goya son los cuadros motivo del proceso. El primero es una contestación del director general de Secuestros a un oficio que le dirige el Tribunal de la Inquisición para que le informe de las pinturas obscenas que en el departamento de su dirección existen. El segundo es un oficio del inquisidor general, en el que dice se debe proceder contra Goya y le manda comparecer ante el Tribunal de la Inquisición para que



reconozca sus obras y diga qué fines se propuso al pintarlas, por orden de quién las pintó y con qué motivo las hizo. He aquí ambos documentos, al pie de la letra transcritos:

«Enterado del oficio que precede y V; me ha dirigido de orden de los señores del Tribunal de la Inquisición de esta corte, con fecha 4 del corriente, relativo a que le informe cuanto sepa a cerca de la procedencia y demás concerniente a las cinco pinturas obscenas que entregué en este Depósito general de secuestros de mi cargo en 28 de noviembre del año proximo pasado de 1814, en vir-

tud de orden de los señores Directores del Crédito Público, y en vista de todos los asientos y apuntes que obran en este departamento que dirijo, debo decir: Que la Venus dormida con marco dorado de tres pies y catorce dedos de alto por seis pies y medio de ancho, es copia del Tiziano, el que representa una mujer desnuda sobre una cama, también con marco de tres pies y medio de alto por seis y catorce de ancho es su autor Don Francisco de Goya, la mujer vestida de maja sobre una cama es también del citado Goya.»

«El Inquisidor Fiscal de este Santo

Oficio en vista del expediente formado para recoger varias pinturas obscenas que se hallaban en el Almacén de bienes secuestrados de la casa de los cristales dice: Que debiéndose proceder contra los pintores con arreglo a la regla undécima del expurgatorio y resultando ser Don Francisco de Goya, el autor de dos de las pinturas que se han recogido de dicho almacén, una de ellas que representa una mujer desnuda sobre una cama con marco de tres pies y medio de alto y seis y doce pulgadas de ancho y la otra una mujer vestida de maja sobre una cama, es de dictamen que se mande comparecer a este Tribunal a dicho Goya para que las reconozca y declare si son obra suya, conque motivo las hizo, por encargo de quien y que fines se propuso, así mismo reconocerá las demás que se le presentaran y declarará, según su saber y entender, quien o quienes son sus autores, con lo demás que comprenda en este particular. Y con arreglo a lo que resulte pedirá lo que sea de justicia. V. I. sin embargo acordará lo que sea de su agrado.

Cámara secreta de la Inquisición de Corte 16 de Marzo de 1815.—Doctor Zorrilla de Velasco.»

Este segundo documento es el último que figura en el proceso. Lástima que no conste en él la declaración de Goya, que hubiese sido de un capital interés por la calidad de las preguntas que en el oficio se le hacían, que hubiesen sido una nueva luz para estudiar la estética del gran pintor y hubiésemos podido saber quién fué el modelo de las «Majas», sobre todo de la desnuda, alrededor de la cual se tejieron tantas leyendas. Pero, a pesar de todo, demos gracias a la casualidad que nos puso ante este documento de inapreciable valor y que hasta ahora había permanecido ignorado.

Sirva al mismo tiempo de lección a polizontes analfabetos, capaces de perseguir un libro muy celebrado por el hecho de reproducir en su portada una copia de un cuadro que figura en una galería del Vaticano. Sepan que sus falsos pudores serán, al cabo de los años, motivo de burla y asombro, como este amarillento proceso que tengo entre mis manos, que se instruyó contra esa mujercita que hoy muestra la gracia de su cuerpo desnudo en el Museo del Prado y sobre la que puso su beso la inmortalidad.

Fernando IGLESIAS FIGUEROA



EL PEZ Y LOS TRES ROSALES

CUENTO PARA NIÑOS POR EL GATO CON BOTAS

ERASE un pescador viudo, que tenía tres chicos, llamados Manolón, Pepín y Toñito.

Los cuatro vivían miserablemente del producto de la venta del pescado; el pobre hombre tenía tan mala suerte que sólo cogía pececillos sin valor, y cuando pescaba alguno gordo, con el peso se le rompía la caña, lo cual le llevaba tiempo y trabajo en componerla.

Así, un día quedó estupefacto al pescar un pez enorme y pesado, tal como nunca lo vió de hermoso. Pero he aquí que apenas salió el pez del agua se puso a hablar como una persona:

—¡Hola, amigo!—dijo.

Al oír aquello, el buen hombre quedó aterrado.

—¡Vaya por Dios!—exclamó, tristemente—. Tú serás, sin duda, uno de esos peces como se ven en los cuentos, que piden que se les deje la vida, y yo, como soy más bueno y más tonto que un cacho de pan, te arrojaré al agua y...

—Te equivocas—interrumpió vivamente el pez—; lo que te voy a pedir es todo lo contrario, es decir, que me lleves a tu casa, que me frías y que me comáis entre tú y tus hijos.

—¿Pero es posible? No; pues ya que hablas tan bien, no me atrevo a cometer semejante crueldad.

—¡Si no es crueldad, si es un favor el que me haces! Solamente te pido que apartes las espinas y las siembras en tu huerto; en el mismo sitio crecerán tres rosales, siempre verdes y floridos, y surgirán tres perritos, siempre risueños y fieles; cada rosal y cada perro será para uno de tus hijos, y el día que alguno de ellos se halle en peligro las hojas de su rosal se caerán y su rosa se marchitará.

Cansado ya de tanto hablar—pues esto para un pez era mucho discurso—y, además, faltándole la respiración fuera del agua, el pez se calló y se murió en seguida.

El buen hombre se lo llevó a su casa, lo hizo freír y él y sus hijos se dieron un festín de primera, cuidando de apartar todas las espinas, que el pescador llevó al jardín para sembrarlas.

Pero al dar el primer golpe de azadón notó una resistencia, y vió que allí había un cofre enterrado; una vez abierto, se vió que el cofre era de oro macizo y estaba lleno de piedras preciosas.

La alegría del buen hombre y de las tres criaturas no es para contada; se apresuraron a vender su tesoro, y con los millones que les dieron se mandaron edificar un palacio de nácar rosa, en lugar de su misera choza, y tomaron docenas de criados—en aquel tiempo se encontraban con más facilidad que hoy—y se compraron trajes de príncipes, carrozas y caballos.

Sin embargo, no olvidaron las recomendaciones del pez, y en el sitio mismo donde habían encontrado el cofre sembraron las espinas; al día siguiente salieron de la tierra tres hermosos rosales: uno blanco, uno amarillo y otro rojo, y al pie de cada uno había un perrito gris.

Manolón, Pepín y Toñito cogieron cada cual un perrito, al que dieron, respectivamente, los nombres de Ploc, Pluc y Plic, y se dedicaron a cuidar de sus rosales, que sólo tenía cada uno una rosa: blanca, amarilla y roja.

Un día, Manolón se fué de caza con su inseparable Ploc y, persiguiendo perdices, llegó muy lejos, cruzó un bosque frondoso y, al hallarse de nuevo en la llanura, vió un fabuloso palacio de mármol negro, en una de cuyas ventanas había una joven lindísima, rubia, vestida de blanco y coronada de perlas.

Aquella señorita era tan bella y sonreía con tal dulzura, que Manolón se sintió repentinamente enamorado y entró, resuelto a casarse con ella.

La puerta estaba abierta; Manolón cruzó vastos salones y largas galerías sin encontrar alma viviente; todo estaba desierto y silencioso; solamente, a lo

tornó en enorme cadena de hierro y el mozo sintió que un frío mortal le invadía los miembros: ¡se había vuelto de piedra!

Allá, en el jardín del antiguo pescador, Pepín se hallaba regando su rosal, cuando, de pronto, vió que las hojas del de su hermano se caían al suelo, como desprendidas por mano invisible, y la rosa se marchitaba. El joven dió un grito, y su padre y Toñito acudieron.

—¡Mi hijo mayor está en peligro!—exclamó el padre, con horror.

—Yo le salvaré—declaró Pepín, en un arranque de valor.

Silbó a Pluc y los dos echaron a co-

tirías que mientras mis hermanos peligran yo me quede aquí, como un desalmado y un cobarde? No, no; déjame ir a salvarlos; yo te los traeré vivos y sanos, te lo juro.

El buen hombre, convencido, le dejó marchar, y Toñito y su fiel Plic se alegraron, después de abrazarle con cariño; bueno, se entiende que uno le abrazó y el otro se limitó a lamerle las manos.

Yo no sé si Toñito era más listo que sus hermanos o más desconfiado; el hecho es que cuando, después de recorrer el mismo camino y enanoarse de la misma joven, entró en el palacio de mármol negro y vió la doble hilera de estatuas misteriosas, se puso en guardia.

—¡Ejem!, ¡ejem!—murmuró—; aquí hay gato encerrado; seamos prudentes.

La vieja hilandera le recibió con su melosidad acostumbrada, y, después de concederle la mano de la joven, le ordenó que le dejase el perro.

Pero entonces, en lugar de obedecer, Toñito se agachó hacia Plic y, seguro de su fidelidad y su inteligencia, le murmuró al oído:

—Cumple tu obligación.

Y Plic dió un salto, agarró entre sus agudos dientecillos el hilo de seda al que iba unido el poder de aquella horrible bruja, y, ¡crac!, lo partió.

La vieja lanzó un grito espantoso, y he aquí que se infla como un globo y, como tal, sale por la ventana y desaparece lentamente por los aires. En el mismo momento se oyó un estrépito formidable, como de vajilla rota: eran las estatuas que se derrumbaban, haciéndose añicos, mientras los jóvenes encantados surgían en carne y hueso de su envoltorio de piedra.

Entre ellos estaban Manolón y Pepín, y los extremos de alegría y cariño de los tres hermanos, al verse libres y reunidos, duraría todavía, de no haberles interrumpido una voz argentina y dulce: era la joven rubia y sonriente, que avanzaba hacia su libertador.

—La bruja que, gracias a ti y tu perro, ha desaparecido para siempre—dijo—, era mi mortal enemiga; celosa de mi juventud y mi belleza, me transformó en pez y vosotros me librásteis al comerme y sembrar mis espinas en el jardín; al verme desencantada, la bruja, furiosa, me encerró en este palacio, obligándome a atraer a los transeúntes con mi sonrisa para luego cambiarles en estatuas de piedra. Nos has salvado a todos y tengo el gusto de concederte mi mano.

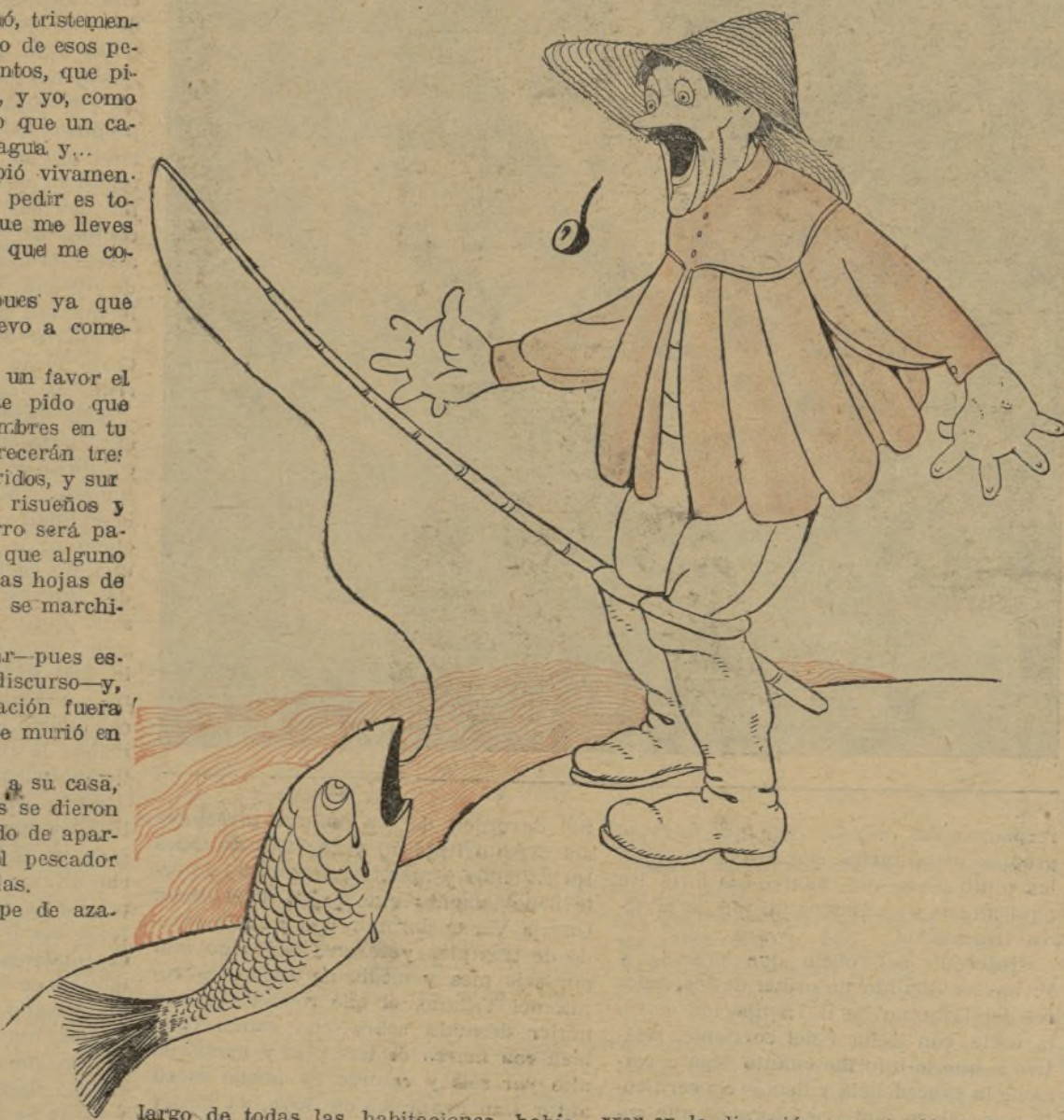
Como en los cuentos los galanes se enamoran al vapor, lógico es que se consuelen con la misma rapidez; por eso a todos los pretendientes de la damisela les pareció de perlas la combinación, y, después de dar las gracias a su libertador, se marcharon todos a sus respectivos domicilios, sin guardar más consecuencia de la aventura que un poco de reuma, por el frío padecido en su pétreo envoltorio.

La joven salió del palacio fatal en compañía de Toñito y de sus dos hermanos, y fué a reunirse con su suegro, que halló en ella una hija sumisa y siempre sonriente.

Los tres rosales, reverdecidos, no volvieron a marchitarse, y Ploc, Pluc y Plic llegaron a ser tan viejos, que fueron fieles a los hijos de sus amos y a sus nietos y biznietos.

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZI.



largo de todas las habitaciones, había filas de estatuas, vestidas con trajes de príncipes, de guerreros, de cazadores o de Don Juan particular.

Manolón, algo sorprendido por aquellas estatuas ataviadas como personas, siguió andando y entró en un saloncillo, donde había una vieja, de nariz ganchuda y boca desdentada, hilando seda en una rueca de azabache.

—Buenos días, abuela—dijo Manolón, cortésmente.

—¡Hola, hijito!—contestó la otra, con voz melosa—. ¿Qué deseas?

—La mano de la señorita rubia que hay asomada a una ventana del palacio—declaró Manolón, sin inmutarse.

—Tuya es; te la concedo con mucho gusto—dijo la anciana—; ve a buscarla; pero déjate aquí el perro, no vaya a ensuciar mis alfombras.

Manolón le entregó el pobre Ploc y la vieja le ató una pata con un hilo de seda, y en el mismo instante el hilo se

rrer en la dirección que siguió el desdichado cazador.

También Pepín cruzó el bosque maldito y vió el palacio de mármol negro, y enamorándose de la linda joven, que seguían sonriendo en su ventana, pidió su mano.

Y cuando la vieja le mandó que dejara el perro, el mozo obedeció sin desconfianza, y el hilo de seda que ató la patita del pobre Pluc se tornó gruesa cadena de hierro. Y en el acto el frío se apoderó de Pepín: ¡una nueva estatua para la terrible colección de la siniestra dueña del palacio de mármol negro!

En el jardín, Toñito vió con espanto cómo se marchitaba y quedaba sin hojas el rosal de su segundo hermano.

—¡También mi Pepín está perdido!—gimió el pobre padre—. Tú solo me quedas ya, Toñito! ¡No te separes de mi lado!

Pero el joven protestó con vehemencia: —¡Cómo, padre mío!—exclamó. ¿Permi-

LA MARQUESA DE VALLVIZANA

NOVELA CORTA ORIGINAL DE EMILIO GUTIÉRREZ-GAMERO

Fuí al castillo de Vallvizana con objeto de examinar detenidamente esta hermosa finca que los herederos de la facción difunta marquesa trataban de vender, y cuya adquisición apetecía un cliente mío.

Realmente, la regia morada de los marqueses de Vallvizana es encantadora. Por un lado domina el inmenso mar, que refleja radiante la luz del cielo, ofreciendo a los ojos avasos de belleza, la sonrisa universal del que habla Esquilo, «el cielo que ama a la tierra y penetra en ella, tomándola por esposa»; por el lado opuesto, el riquísimo valle, limitado por altos montes, en medio de cuyas onduladas estribaciones, cubiertas de árboles frondosos, se albergan aldeas y caseríos.

Varias veces visité la finca que un viejo servidor de la marquesa me iba mostrando, y así que me hubo saciado en la contemplación de todas sus preciosas partes, di la vuelta a la capital de la provincia para avisarme con el abogado que tenía los poderes de los supradichos herederos, al fin de cerrar el trato de la venta y de resolver algunos puntos de detalle; y como en esto pasaran días, nos hicimos amigos, porque, sin contar con el compañerismo, su carácter y el mío amoldábanse a maravilla.

—¿No conoció usted a Carmen Vallvizana? — me preguntó una vez.

—Me la mostraron en una recepción palatina, quizá en los últimos tiempos de su estancia en Madrid, pues, a poco, supé, por los periódicos, que se había retirado a su castillo de Asturias — contesté.

—¿Y no le sorprendió que, a pesar de sus sesenta años, conservase su espléndida belleza? — duplicó mi compañero.

—¡Pues no me había de sorprender! La recuerdo perfectamente. Tenía el pelo blanco, pero sin una arruga en la fina tez de su rostro ovalado; los ojos, de un azul intenso, dulces, al par que expresivos; el seno, turgente como el de una joven; su porte, de suprema elegancia y distinción próspera, y las proporciones de su figura ajustadas a la más exigente estética — repuse.

—Verdad — añadió mi interlocutor —. Así tantos hombres hicieron locuras por ella. Sobre todo, aquel príncipe coronado, que amó a la marquesa con verdadero delirio.

—A ver, a ver — casi interrumpí a mi colega en leyes —, ¡un príncipe! Cuénteme eso, si se puede contar, naturalmente.

—Lo del príncipe se enlaza con toda la historia de Carmen Vallvizana — me dijo.

—Pues venga su historia — insistí, curioso.

Accedió, amable, mi compañero, y me fué relatando la historia de la marquesa de Vallvizana siempre que sus ocupaciones lo permitían, y a trozos, que luego yo enlacé para formar de ellos

una ilación que diese cierta unidad al conjunto. Y es el siguiente:

*

¡La marquesa de Vallvizana! ¿Quiénes de los que vivieron durante la segunda mitad del siglo anterior al actual y se codearon con las gentes de la aristocracia madrileña, o asistieron a fiestas re-

entonces la marquesa viuda de Vallvizana, para llorar a sus anchas la irreparable pérdida, se fué con su hija única a encerrarse en una hermosa finca de Andalucía, situada en un altozano, desde el cual veíanse los campos de la vasta propiedad, toda ella atravesada por el río famoso cuyas arenas llevan menudas partículas de oro. Allí sonaron

de sí y alguna fiesta popular por causa de romería religiosa, y en lo tocante a trato social, sólo con su madre, el apoderador de la finca y su familia y los colonos del cortijo; pues, aun cuando de tarde en tarde hacían la marquesa y la joven una excursión a la capital de la provincia, su permanencia era breve y pocas las personas que iban a saludarlas.

Por aquel entonces no tenía Carmen aspiraciones que saliesen fuera de su situación reposada y tranquila, dado que el más allá de su finca le era desconocido, y sólo por las pláticas con la marquesa dábale obscura cuenta del trato mundano en la corte, entre la multitud de linajudos parientes y encumbrados amigos que figuraban en primera línea; pero en cuanto a lances de amor o aventuras escabrosas, de que su madre jamás se hizo portavoz, hallábase su espíritu tan virgen como su cuerpo.

Un extraño acontecimiento vino a cambiar la vida que ambas mujeres llevaban. Era el día de Nuestra Señora del Carmen, y para festejar a la joven marquesa se echó la casa por la ventana, como suele decirse. Qué de flores, qué de obsequios propios del país, como tortas de aceite, pestiños, alfajores y dulces almibarados, y, por añadidura y remate, zambra en el amplio portal de la finca, donde cuatro mozas guapísimas, hijas de aquella tierra, que las crió a no pida usted más, bailaron unas sevillanas con todas las de la ley, y un cantor, émulo de los mejores del contorno, echó al aire lo más fino y clásico del *cante jondo*, que corearon con palmas y oles las mozas y los mozos dependientes de la finca.

Concluida que fué la bullanguera fiesta, Carmen se recogió en su cuartito y se durmió, alegre, por la alegría de aquella gente que tantas pruebas de su cariñosa adhesión le habían dado, y como por causa del ajeteo del día de su santo se despertase tarde, cuando la madre la mandó llamar, vióse sorprendida por la presencia, en el comedor de la casa, de un hombre alto, de gallarda presencia, vestido con elegante sencillez, barba entrecana y simpático rostro, llegado una hora antes, sin que de tal arribo se enterase la muchacha.

Era el duque de Carriedo, el opulento prócer de quien tanto se ha hablado en Madrid por sus aventuras galantes, por el

lujo que desplegó en las cortes extranjeras, representando a España, y, sobre todo, por sus actos de gran señor a que se juntaba lo distinguido de su persona.

¿A qué iba allí este famoso personaje, que, según los murmuradores de entonces, estuvo enamorado de la madre de Carmen mucho antes de que la pretendiera el marqués de Vallvizana?

Nadie supo lo que, a puerta cerrada, hablaron la viuda y el duque. Ello fué que, después de varias pláticas habidas



sonantes, no han conocido a aquella deliciosa criatura? Todos hemos admirado los encantos de su persona y sus perfecciones infinitas, y el que no tuvo la dicha de tratarla y oír su voz de oro, de cierto, cuando la ha visto pasar junto a sí, ha permanecido un momento en mudo éxtasis para recrear su vista en obra de la Naturaleza tan finamente concluida.

Murió prematuramente el padre de Carmen cuando ésta tenía diez años, y

los veinte abríles de Carmen; allí la educó su madre, dándole todo lo que ella sabía, que no era poco; allí se desarrolló su cuerpo y allí aprendió sus deberes de mujer cristiana, merced a las enseñanzas del cura del pueblo inmediato, del que se ausentaba tres veces por semana para inculcar a la muchacha principios y máximas que jamás puso en olvido.

Vida campestre y sana, sin otro motivo de distracción que los que ella daba

entre ambos, un día aquella anunció a Carmen que don Juan Ruiz de Carriedo deseaba, con la vehemencia propia de su carácter, dar su nombre a la joven marquesa, la cual, sin voluntad propia y entera, ni sujeta todavía al indeciso deseo de amar, y mucho menos conocedora de las deprimentes realidades de la vida, se dejó llevar por donde la condujo el Destino, y al poco tiempo, empleado en los naturales preparativos de una boda de tal fuste, de que se hicieron lenguas los revisteros de Madrid cuando se celebró, vióse duquesa de Carriedo, casi de la noche a la mañana.

¿Que si el duque de Carriedo cautivó a la muchacha, a quien más que doblaba la edad? Si no la cautivó de amor, la puso en una situación de apacible costumbre conyugal de temperatura mediana, pues el hombre aquél, tan experto en el conocimiento del corazón femenino, poseía, en grado superlativo, el arte de conducir, a cuantas le rodeaban, por el camino de su gusto.

El mismo día de la boda salieron los recién casados para la corte extranjera donde el duque representaba a España, y en ella dió principio la enseñanza de Carmen, en punto a cómo los banquetes, las fiestas y las visitas, todo tan diferente de la vida sosegada que hizo en el cortijo andaluz, no dejan un momento de reposo, ni saber cuáles son las dulzuras del matrimonio, porque la actitud del duque, sumamente mirado en cuanto a inquietudes posesorias, parecía como si se ajustase a reglas y preceptos diplomáticos. De puertas a fuera, un fiel y esclavo observador del protocolo, y de puertas adentro, una cariñosa y casi paternal corrección. Pero, en cambio, no se podía quejar la duquesa de Carriedo en lo tocante al lucimiento de su preciosa persona, cuya belleza, cada vez más atrayente, era tal, que dondequiera que se presentase producía sensación admirativa en los hombres y cierta disimulada enemiga en las mujeres; con gran pena de Carmen, porque, dado su carácter sencillo y su alma buena, repugnaba que la admiración de sus prendas hiciese a nadie mal pecho.

Desde aquella corte fueron el duque y su conjunta a otra más empingorotada que la anterior, a la cual, y con motivo de una reunión de testas coronadas, concurrió un soberano, a quien llamaremos Gustavo Adolfo para no dar su verdadero nombre, que se prendó de Carmen, con un entusiasmo medianero de la locura.

Sobornando espléndidamente a la servidumbre de la duquesa, hizo llegar, a sus manos, por los procedimientos más ingeniosos, cartas declarativas de su desbordado amor, aunque siempre con cierto prudente manejo, para que el duque de Carriedo no se percatase de su destempe y sobreviniera el escándalo.

Y aquí llega la primera flaqueza de la muchacha. Aquel hombre, a cuyos apasionados billetes amorosos jamás contestó, en un baile regio fué su pareja, y aprovechando la favorable coyuntura, tales palabras la dijo y tan hondamente sentidas, que en su espíritu se produjo una especie de mareo deleitoso, muy semejante a desmayo de la voluntad. Eran las primeras de amor que escuchaba y que parecían salir del alma.

La preguntó, al conducirla a su sitio, si la ofendería una respetuosa plática sin testigos de vista, y entonces, más de turbada que de aquiescente, no tuvo Carmen valor para negarse, y una tarde se presentó Gustavo Adolfo en el domicilio de los duques y ella le recibió, pero sin tapujos ni clandestinas y vergonzosas complicidades. Aunque flaqueza fué el recibirla, sabiendo el objeto de su visita, no pasó nada pecaminoso durante la conversación; mas de ella de-

dujo la joven que aquel hombre la adoraba, solicitando únicamente permiso para quererla y la esperanza de que alguna vez, en el correr de los días, ella correspondiese a su intensa pasión.

Que las frases de Gustavo Adolfo le supieron a gloria no hay para qué contar, y si le halagaba verse querida por un hombre joven, distinguidísimo y de su alta alcurnia, el punto de pasión que el duque no pudo hacer que pasara de lo

brante de las que tocan a rebato cuando suena la hora; y a la joven duquesa de Carriedo no la sonó, y así, el pedigüño de amor se marchó sin llevarse mas que la esperanza, que es virtud a plazo, sin tiempo fijo ni medida cierta.

Y bien merecía el duque siquiera una sombra de sospecha, porque, cultivador de su fama y gusto, donde ponía su presencia y principalidad de gran señor, pronto hallaba mujer, también resonan-

evidencia de que la olvidaba por mujeres que valían menos, quizá para que lo sintiese más, nunca se le pasó por la tela del juicio hacer mella en su honra y manchar su nombre esclarecido, cosa que muy difícilmente guarda la que no va al matrimonio con las dulces fantasías del amor firme y verdadero, y a quien nunca falta el peligro del pecado y le sobra ocasión para pecar.

¡El peligro de pecar! Era casi constante, porque Gustavo Adolfo, con tenacidad inacabable, perseguíala, cada vez más enamorado y rendido, abandonando su regia mansión, a riesgo de un conflicto y valiéndose de mil estratagemas, para seguir los pasos de Carmen y no ser descubierto. Una noche, a punto estaba de producirse la catástrofe. Gustavo Adolfo logró introducirse en la alcoba de la duquesa, pared por medio de la en que dormía su marido. Iba con la pretensión de que huyese con él. Todo estaba preparado. Por donde él entró podían salir juntos, sin que nadie se percatase. En el puerto, el *yacht* les esperaba pronto a hacerse a la mar. Aquel duque de Carriedo, mujeriego, presuntuoso y corrompido, no era digno de respeto alguno. ¿Quién no pondría a la merced falta el atenuante de la disculpa?... A todo esto, el menor ruido, y cuenta que las súplicas de Gustavo Adolfo subían de tono, quizá hubiese hecho que el duque lo notara y penetrase en la estancia sorprendiendo a su mujer, a las altas horas, junto a un hombre con más trazas de amante recibido que de príncipe coronado. Por fortuna, las lágrimas de la joven pudieron más que los ruegos del atrevido pretendiente, que, al fin, se ausentó, dejándola con el temblor del peligro, que, aun ya pasado, figurábaselo presente, como si allí persistiera incommovible la ya desaparecida figura de Gustavo Adolfo.

Pero aquella vida no era propia del sosegado modo de ser de Carmen Vallizana. Precisaba un motivo para apartarse de su marido y volver a su antiguo sosiego, en medio de aquellos alegres campos donde transcurrió su juventud. Y el motivo se lo dió la Providencia.

Hallábanse en Viena cuando el duque abandonó a Carmen para ir a Roma, en pos de una condesa italiana que le había sorbido el seso; y como su ausencia durase más de lo convenido al partir, una tarde el secretario de la Embajada, con los rodeos y precauciones que se toman para dar malas noticias, la dijo que el duque de Carriedo, en una excursión a las lagunas pontinas, había adquirido una fiebre infecciosa que en muy breve tiempo le llevó al sepulcro.

¿Fué verdad lo de la malaria? ¿Fué mentira? Rumores corrieron de desafío a muerte del duque con el marido de la italiana, y también se habló de suicidio; pero de rumores no pasaron, y aunque Carmen jamás lo supo, si no lloró al hombre que la hizo desgraciada como se llora al sér querido que se va para no volver, su corazón—que no era refugio de odios ni archivo de recuerdos—se sintió verdaderamente angustiado.

El retorno a España fué inmediato, no a la finca andaluza, sino a Madrid; pues el famoso duque, merced a debilidades de la marquesa viuda de Vallizana, hizo una formidable incursión en el caudal de ésta y de su hija, dejando a ambas asuntos embrollados, para cuyo arreglo y liquidación era obligado la estancia en la corte y el concurso de personas peritas en los recovecos de la curia y en el manejo de las leyes. Muy poco a poco se desenredó la madeja de los desavíos pecuniarios que formó al descabado Carriedo, y, gracias que a ambas mujeres les quedó suficiente fortuna, aunque muy reducida, de su prístina grandeza; pero entre componendas,



imaginado a lo positivo, tampoco se despertó el coronado adorador. Una piedad inmensa, una viva simpatía y una copulación puramente espiritual, que casi siempre son camino seguro y rápido de la caída, y que en Carmen no fueron sino sutiles aromas del alma cuyo perfume, si lo aspiró de complacida, no la embriagó de enamorada.

Sucedíole en esto a Carmen lo que suele suceder a casi todas las mujeres: que la total perturbación de sentidos y potencias no se produce en ellas poco a poco y como con pistero, sino por brote instantáneo, cuando experimentan muy dentro del sér una sensación nueva y vi-

ta, que cayese por su banda y le realizase.

Los sinsabores y disgustos que dió a la muchacha fueron infinitos. Primero, la esposa de un conocido diplomático; luego, la amiga íntima de un famoso banquero, por la cual tuvo un lance, del que, como de costumbre, salió victorioso; luego, una celebrísima actriz, y luego, otras, de que la duquesa tuvo noticia, siempre por arcauces femeninos, con lo cual hacíanse más candentes, incitándola al desquite y revancha sus adoradores, que no perdían medio de asediaria para conseguirla. Y no obstante de tales andanzas de Carriedo, y la

pleitos y transacciones, viéronse forzadas a residir en Madrid y en la casa propiedad del padre de Carmen.

Como era natural, pasado con creces el riguroso luto, los parientes de las dos viudas empujaron a salir de su duelo y a entrar paulatinamente en el tráfico social, que lleva aparejadas fiestas y reuniones, en las cuales Cammen brillaba, aun sin pretenderlo, que tal era el privilegio de belleza que Dios plugo darle, y durante los cinco o seis años que duró la compostura de los asuntos litigiosos, la marquesa de Vallizana, pues no quiso nunca llamarse la duquesa viuda de Carriedo, ocupó el trono de la moda y del buen tono a que tenía legítimo y especial derecho.

Entonces conoció Carmen a Pepe Castellar. Fué en un baile de trajes que dieron a la alta sociedad madrileña los duques de Prestillas. ¡Y poco ruido que dió aquel famoso baile! ¡Como que armó un tole tole tremebundo entre todas las gentes de algún viso, descosas de ser invitadas, porque la invitación imprimía sello de principalidad y daba lugar eminente! En él se presentó Pepe Castellar vestido de César Borgia, con tal lujo de detalles y de exactitud histórica, que se llevó la atención plandente de la concurrencia, y en él fué presentado a Carmen Vallizana por don Pedro Bonanza, conocido en Madrid por el remoquete de «El Conde Perico».

¡Y qué hombre tan agradable y simpático Pepe Castellar! Su elegante figura, su claro ingenio, sus finas maneras, a que se unía singular y comedida audacia para la pronta respuesta y el chiste discreto, otorgábanle cierta fascinación sobre cuantas personas le trataban. Las mujeres dábanle preferencia, tanto por su labia insinuante, siempre ajena al galanteo vulgar, como por su exquisita cortesía; los hombres jóvenes requerían su trato, porque era un compañero ideal, y los viejos, porque daba a los tiempos pretéritos el valor de que carecen los actuales.

Abogado, literato, bastante culto y con fácil palabra, vino desde una capital castellana, su tierra, donde no era profeta, a establecerse en este calumniado Madrid, que acoge, benévolo, a los que traen algo en la cabeza y, a veces, a los que no traen nada. Mediante la ligera protección de un célebre jurisconsulto, hizo sus primeras armas en el foro, con indudable brillantez, que le sirvió de base para meterse en todas partes y codearse con grandes y chicos, dada su ingenua habilidad y su muy bien ordenada osadía. Pero ansioso de goces y de escalar las alturas que juzgaba merecer al comparar su talla con la de los manijulantes que mueven y rigen el cotarro donde burbujea la cosa pública, guardaba con cautela sus ambiciones, en espera de una ocasión favorable que le pusiera en potencia propinqua de realizarlas.

De este hombre, tan acariciador como peligroso, se prendó Carmen Vallizana. ¡Por qué? Pues porque le llegó su hora; porque ajena al insidioso rumor de los sentidos, se encontraba bajo la influencia del inconsciente impulso que a una mujer arrastra hacia el hombre que ha de ser el amado, y, sin darse cuenta, andaba el punto de revelación plasmante que unió los dispersos hilos de la voluntad, propicia a claudicar.

No tardó Pepe en conocer la impresión que había producido en la marquesa de Vallizana. El la hizo la corte, con la medida propia de su talento atractivo; ella le abrió la puerta de su casa, y así, de cómo en por qué, vinieron a entablar unas relaciones de amor puro y honesto, más por parte de Carmen, con todas las vehemencias y ansias de quien descubre los primeros albores de la ignorada felicidad.

¿Se le presentaba a la marquesa de Vallizana cubierto de rosas el camino que a ella la condujese? Nada de eso. Quiso su mala estrella que se enamorase de un hombre de los creados para ser envidiados, caso igual al que le ocurrió con el duque de Carriedo, y desde el día en que sus relaciones con Pepe fueron conocidas, y ni él ni ella las ocultaron, antiguas admiradoras de Castellar, una, sobre todas, Pura Belicena, hija única del eximio político don Luis Gómez de Belicena, jefe de partido y varias veces presidente del Consejo de ministros, se propuso aguarle la fiesta y corromperle las oraciones.

¡Vaya si se las corrompió! Sin contar con que Pura Belicena, una muchacha muy despierta, guapa, más joven que Carmen, metida como ésta en la sociedad aristocrática y algo intrigante—escuela de su padre—, se declaró su rival en lujos y elegancias, poniéndole el pie delante en cuantas ocasiones se le presentaban, supo, por arte misterioso, las relaciones del príncipe coronado con la duquesa de Carriedo; las diputó escandalosas y deshonestas, cual un verdadero adulterio, y consiguió divulgarlas, cuidando mucho de que Pepe Castellar fuese de los primeros que de la conducta de Carmen se enterase. Con semejante infamia, y buscando una complaciente amiga para que con habilidad hiciera saber al dichoso mortal que la hija del conspicuo personaje estaba muy inclinada a otorgarle su blanca mano, no dudó de la derrota de la marquesa, a fin de conseguir lo cual habría dado, no su blanca mano, sino toda su persona.

Cayó Pepe en la red de la calumnia, porque la de Belicena, por bajo mano y sin dar la cara, le proporcionó detalles aterradores, conseguidos a fuerza de paciencia y dinero, y hallóse aquel favorito de la fortuna en la disyuntiva siguiente: casarse con la viuda del duque o casarse con la hija del que, de un día a otro, habría de ser el amo de la Gaceta. Era verdad que Carmen le adoraba y que la ruptura destrozaría el alma; pero ¿qué le iba a dar Carmen Vallizana? Un título de marqués consorte y la entrega de su persona, seguramente muy apetecible, si no tuviese la tacha imborrable, y de todo el mundo conocida, de haber manchado el nombre de aquel prócer, el más preclaro y altisonante de la nobleza española. En cambio, su boda con la de Belicena llevaría, sin duda alguna, en breve tiempo a ocupar un sitio en los Consejos de la Corona.

¿Sacrificar su porvenir y venderse a una mujer que no fué de uno solo—¡quién sabe si también lo fué de otros!—, y tomar plaza de predestinado? ¡De ningún modo! ¿Marido de una joven honrada que, además, le ofrecía alta posición política, sin los tropiezos del que aspira a llegar y nunca llega? Ese, ese el verdadero camino. No había mas que pasarse la mano por la cara. Y a fin de

cuentas, eso es lo que hizo toda su vida: pasarse la mano por la cara.

La espaciada frialdad de Pepe y su paulatino desvío pronto convencieron a Carmen de que el sér querido se le escapaba por instantes. Se valió al punto de sus medios de información, y supo la tremenda, la horrorosa verdad, y también que la propagandista de sus platónicos amores con el príncipe coronado fué aquella Pura, cuya pureza de corazón—nido de viboras—dejaba tanto que desear. Entonces pensó en quién era, y vió que el orgullo de raza la impulsaba a arrojar, en lo más hondo del olvido, el recuerdo del infame y mostrar al mundo entero que sus relaciones con Pepe no fueron sino las benevolencias que el poderoso concede al humilde necesitado de una mano protectora que le empuje y le aliente.

Pero pasada la natural protesta de su altiva estirpe, apareció la mujer víctima de un amor loco, y quiso intentar el último esfuerzo, por violento que fuese; todo antes que dejarse vencer. Para realzarlo, y como si ignorase la traición, escribió a Castellar una carta, con las dulzuras propias de su querer, aceptando lo que él tantas veces le propuso: irse juntos al castillo de Vallizana y allí ambos, en medio de aquella hermosa naturaleza, que alegra la vida y aumenta el placer, concertar el porvenir. Para la realización de tan grato proyecto decía que al día siguiente le esperaba en su casa, a las doce de la noche, todo dispuesto y preparado a fin de salir en su carruaje y llegar a Segovia, y allí tomar el tren que los condujese a Vallizana.

¡Y qué angustia la del que espera! ¡Cómo crecen las horas, cual si tuvieran más minutos! Lo que vale la tentación del placer imaginado, adicte del deseo y cebo de lujurias; el prestigio y dominio de su belleza, todo lo puso en el platillo de aquella balanza, cuyo fiel parecía inclinarse del lado de la sañuda enemiga de su dicha. Pero sonaron las doce de la noche, vibrantes los nervios de Carmen al menor ruido que turbaba la silenciosa calle, creyendo que el amado acudía, que iba a precipitarse en sus brazos, que se marcharían juntos para no separarse jamás... Y así, figurándose el tiempo como el agua que sube y sube desde el fondo del abismo hasta que llega a ahogar, pasó Carmen tres mortales horas, y al fin de ellas, partió sola para recluir su inmensa pena en aquel encantador palacio donde vió la luz primera y donde hizo firme propósito de ver la última que Dios la otorgase.

Pero antes de poner el pie en el estribo de su carruaje, y repasando las lágrimas que caían de sus ojos, escribió a Pepe la siguiente carta:

«Conozco tu traición y me voy para no verte más. Libre te entregué mi alma, creyendo que poseería era tu dicha. Y

cifré la mía en que el mundo nos viera unidos en lazo eterno: tú, mi dueño; yo, tu esclava. No conseguí hacerte querer, y ahora veo que tampoco supe hacerte desear. Fuiste el constante anhelo de mi corazón y yo un agradable accidente de tu existencia. Aun así, te debo los únicos momentos felices que Dios se ha servido concederme, y por ellos te doy lo postrero que te puedo dar, que es mi perdón. No pienses que las lágrimas que han caído sobre este papel y emborrinado sus palabras son de despecho. No. Las arranca el dolor de la mujer resignada, que llora la irremediable pérdida de sus ilusiones y de su esperanza, y tan ajenas a la villana pasión del odio, que te las dedico pensando que te darán suerte. Y adiós para siempre. Quema mis cartas y mis retratos, como yo he quemado dentro de mí sér el altar en que puse tu imagen querida, y sé tan feliz como yo lo fui a tu lado.»

*

—Y aquí tiene usted extractada la fidelísima historia de la marquesa de Vallizana—habló mi compañero.

—Y ¿cómo conoce usted el contenido de esa carta?—interrogué, curioso.

—La conozco porque la misma marquesa me la dijo de punta a cabo. Fui su confidente y la sabía de memoria.

—Y ¿es verdad lo del príncipe coronado?—insistí de nuevo.

—De todo lo relatado eso es lo más cierto—me repuso.

—¿Quiere usted decirme su nombre?

—Sí; con la condición de que sea para usted solo—y me pronunció un ilustre título, que me guardaré muy bien de estampar.

Después de este breve diálogo, visitamos el cuarto donde la marquesa de Vallizana exhaló el último suspiro.

En un escritorio que cerca del lecho de la difunta se encontraba vi su libro de oraciones. Llevado de mi afán de curiosidad, lo abrí, y entre aquellas usadas hojas, tantas veces abiertas en horas silenciosas y tristes, quíen sabe si para pedir al que todo lo puede la paz del alma y la eterna quietud, hallé una flor disecada, cuyo suave aroma, apenas perceptible, quizás despertase en el espíritu de la infeliz mujer el recuerdo de su inmensa pasión.

En un descuido de mi acompañante me apoderé de la mustia flor y la guardé en mi cartera. Es la única vez que me he apoderado de lo ajeno. Y no me pesa.

E. GUTIERREZ-GAMERO

De la Real Academia Española.

¿Suele bajar la luz y está usted medio a oscuras en su casa? Le conviene surtirle pronto con el voltaje adecuado de la inmejorable lámpara Tungstam (país de origen, Hungría), famosa en todo el mundo, y estará usted encantado de la vida. **LAMPARA TUNGSTAM, Montera, 10,** teléfono 39-49 M., y en los principales establecimientos de electricidad.



ACABA DE PUBLICARSE

LA CASA DE FIERAS

por

A. Hernández Catá

Libro originalísimo, sin precedentes en nuestra literatura, que, por su hondura, su amenidad y la mezcla feliz de gracia y pasión que anima sus páginas, está llamado a obtener el mismo gran éxito que los anteriores del ilustre escritor.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.



Estufas de todas clases y en todos los tamaños

AMERICANAS Y FRANCESAS

Las más perfeccionadas, eficaces, económicas e higiénicas; únicas sin tufo

PARA COK, ANTRACITA Y LEÑA

Agtes de comprar visiten la exposicion. Se hallan de venta en su único depósito,

VALLES, FUMISTA

Calle de la Cruz, núm. 11. — MADRID — Teléfono 986

PIDASE EL CATALOGO ILUSTRADO



CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. — Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



PHILIPS

FILAMENTO METÁLICO



CONSTRUCCIÓN NUEVA Y MÁS MODERNA

LOS GANCHITOS QUE SOSTIENEN LOS FILAMENTOS SON FINOS Y FLEXIBLES, LO MISMO LOS DE ARRIBA (EN OTRAS MARCAS SON RÍGIDOS), COMO LOS DE ABAJO, PARA AMORTIGUAR LOS GOLPES Y TREPIDACIONES

DOBLE DURACIÓN

Exijan marca PHILIPS sobre el cristal De venta en todas partes

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER Socd. Anón. MATERIAL ELECTRICO

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

SERRANO, 17

AYALA, 60

Droguería, Perfumería, Colores

FLORENTINO PÉREZ (S. en C.)

SUCESORES DE EDUARDO DÍAZ HERRERA

Primera casa en barnices, esmaltes

y purpurinas de todas clases

Hortaleza, 17-Madrid-Teléfono 1038 M

AGUAS DEL INCIO-BOVEDA (LUGO)

“Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en farmacias

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo. Se admiten suscripciones y anuncios.

BANCO DE CATALUÑA

Rambla de Estudios. 4. — Barcelona

APARTADO 568

Valores — Cupones — Banca
Cambio — Giros

Dirección telegráfica: CATALONIABANK